

# Antonio Machado, Poeta de Castilla



El 26 de julio de 1875, año de la restauración monárquica en la persona de Alfonso XII, nació en Sevilla Antonio Machado Ruiz, segundo hijo —Manuel, el otro poeta, nació un año antes— fruto del matrimonio de Antonio Machado Alvarez, ilustre folklorista y abogado sevillano, y Ana Ruiz Hernández, la fidelísima y abnegada madre, tan vinculada a la vida del poeta y a quien acompañó hasta la muerte (1). 1975 es, pues, el año del Primer Centenario de nuestro gran poeta, acaso el más grande y entrañable de toda la España literaria de este siglo XX.

La obra poética de Antonio Machado, a partir de la muerte del poeta —e incluso mucho antes de que exilio y muerte le llegaran—, ha ido alcanzando dimensión mundial, y hoy Machado es ya, cuando se

---

(1) Exiliado de la guerra civil, Antonio Machado murió en Collioure (Francia), el 22 de febrero de 1939. Su madre, Ana Ruiz, tres días después. Desde entonces reposan juntos, fuera de España, en la misma tumba.

cumplen los cien años de su nacimiento, no sólo el poeta cimero de la lírica española novecentista, sino uno de los más altos de la literatura europea y universal que en nuestro siglo han vivido. Pero la vida de Antonio Machado, una vida ejemplar y sin máscara alguna, está indisolublemente unida a su obra. Vida y obra de Antonio Machado son una misma cosa. Nunca una obra fue reflejo tan medularmente fiel de una vida. "Iguala con la vida el pensamiento", diríamos con Quevedo si tratáramos de buscar un lema a la poesía machadiana. Tal es la entraña, tal la autenticidad de quien sin alardes ni gestos literarios espectaculares, sino mostrándose con sencillez y humildad distantes de toda vanagloria

**Nunca perseguí la gloria,  
ni dejar en la memoria  
de los hombres mi canción (2),**

nos legó una obra de primerísima magnitud, no por sencilla y diáfana menos profunda y hechida de aliento y sabiduría filosóficos.

La carga emocional, por otra parte; la magia de la palabra poética, tan desprovista de toda suerte de oropeles, tan desnuda de toda retórica

**Toda la imaginiería  
que no ha brotado del río,  
barata bisutería (3),**

nos dan una imagen única, excepcionalmente singular, de poeta arraigado en lo humano fundamental, para el que no existe ninguna clase de artificio. Nadie gana en sinceridad descarnada, ni en decires sencillos —aparentemente sencillos, como por ejemplo

**El ojo que ves no es  
ojo porque tú lo veas;  
es ojo porque te ve (4)—,**

ni en haber llevado una vida modesta y sin alharacas, y haberla reflejado con mayor fidelidad en una obra literaria de tal profundidad y altura, como el poeta de los campos de Castilla, andaluz de nacimiento, pero castellano de adopción y de arraigo.

**Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla,  
y un huerto claro donde madura el limonero;  
mi juventud, veinte años en tierra de Castilla;  
mi historia, algunos casos que recordar no quiero (5).**

Quizá sea esta primera estrofa de su tan conocido "Retrato" la más resumidora —aunque hay otras en el mismo que nos dan muchas claves— de la trayectoria vital machadiana. (Obvio es decir que hasta los

---

(2) «Poesías completas», decimoquinta edición. Col. Austral. Espasa-Calpe. Madrid, 1974. Pág. 153, CXXXVI: *Proverbios y cantares*, I.

(3) Idem, pág. 223, CLXIV: *Glosando a Ronsard y otras rimas (De mi cartera, IV)*.

(4) Idem, pág. 197, CLXI: *Proverbios y cantares*, I.

años diez o doce del siglo, que fueron cuando lo escribió y publicó.) (6)

De la infancia sevillana del poeta, poco —o quizá no tan poco— habría que decir, teniendo en cuenta que “a los ocho años pasé a Madrid, adonde mis padres se trasladaron, y me eduqué en la Institución Libre de Enseñanza” (7). Aunque no por eso dejara de marcarle y dejar huella y testimonio en sus versos de recuerdos infantiles, que éstos sí que no son pocos. Me dispense de citar los más significativos por razones de espacio, pero remito al lector al soneto que comienza “Esa luz de Sevilla...” (8), donde evoca al padre como ejemplo magistral de aquella huella indeleble.

De su juventud castellana (9), sin embargo, habría que decirlo —y ya casi se ha dicho— todo. Castilla en la obra de Antonio Machado es algo tan fundamental —y lo es de tal modo en su vida, por supuesto, porque obra y vida son en nuestro poeta, insisto en ello, todo y lo mismo—, que no se le concebiría de manera alguna sin la presencia constante o el recuerdo, manifestado o no pero siempre implícito, de las tierras castellanas, que pesan sobre su ánimo y le configuran como hombre y como poeta.

Hay mucha Andalucía —una Andalucía expresa o diluida a veces dentro de ese clima becqueriano que al menor de los Machado se le ha reconocido— en su libro primero (10). Como la hay también, y de un modo decididamente manifiesto, en los poemas posteriores a la primera edición de “Campos de Castilla”, escritos lejos de Soria, añadidos a este libro en la igualmente primera edición de “Poesías completas” (11). Me refiero a los de tema andaluz, como “Poema de un día”, “Noviembre 1913”, “La saeta”, “Del pasado efímero”, “Los olivos” y “Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido” (12), que fueron enriqueciendo las “Poesías completas” antes de que aparecieran las andalucísimas —sin perjuicio de su castellanismo— “Nuevas canciones” (13).

Pero Castilla, la austeridad castellana, su espíritu y esencia e incluso su temática, aparecen ya en “Soledades, galerías y otros poemas”. Toda la juventud de Machado —“veinte años en tierra de Castilla”— estaba impregnada de esa tierra: la que sería la suya de adopción, hasta el punto de que se le considera más poeta castellano que poeta andaluz. Incluso en el largo período —siete años— de su estancia en Bae-

---

(5) *Idem*, pág. 76, XCVII: **Retrato**.

(6) Aparece al frente de la primera edición de «Campos de Castilla». Ed. Renacimiento. Madrid, 1912.

(7) «Poesías completas» (decimoquinta edición, ya citada). Pág. 15: **Vida**.

(8) *Idem*, pág. 225, CLXV: **Sonetos**, IV.

(9) «Mi adolescencia y mi juventud son madrileñas... En 1907 obtuve cátedra de Lengua francesa, que profesé durante cinco años en Soria. Allí me casé; allí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre.» *Idem*, pág. 15: **Vida**.

(10) «Soledades» (1899-1902). Imprenta de A. Alvarez. Madrid, 1903. Pero la edición definitiva de este libro inicial es la segunda: «Soledades, galerías y otros poemas». Librería Pueyo. Madrid, 1907.

(11) «Poesías completas» (1899-1917). Residencia de Estudiantes. Madrid, 1917.

(12) «Poesías completas» (decimoquinta edición, ya citada). Págs. 139 a 150, poemas CXXVIII al CXXXIII.

(13) «Nuevas canciones». Editorial Mundo Latino. Madrid, 1924.

za, en la más castellana de todas las Andalucías —la Andalucía jienense, o Andalucía manchega, calificación no ajena a Machado

**... en un pueblo húmedo y frío,  
destartalado y sombrío,  
entre andaluz y manchego (14)—,**

Castilla no le abandonaría, no dejaría de pesar sobre su ánimo y estaría en todos sus recuerdos. Y esto es así que hasta hay un poema, fechado en Lora del Río en 1913, en que el poeta se acusa de extranjerismo dentro de su propia tierra:

**En estos campos de la tierra mía,  
y extranjero en los campos de mi tierra,  
yo tuve patria donde corre el Duero  
por entre grises peñas,  
y fantasmas de viejos encinares,  
allá en Castilla, mística y guerrera... (15).**

De su primera y breve estancia en Soria —en 1907, recién ganada la cátedra— surgen los poemas castellanos inspirados en el paisaje de aquella ciudad e incorporados a la edición definitiva de "Soledades...", como el titulado "Campo", que por su brevedad reproduzco íntegro:

**La tarde está muriendo  
como un hogar humilde que se apaga.  
Allá sobre los montes,  
quedan algunas brasas.  
Y ese árbol roto en el camino blanco  
hace llorar de lástima.  
¡Dos ramas en el tronco herido, y una  
hoja marchita y negra en cada rama!  
¿Lloras?... Entre los álamos de oro,  
lejos, la sombra del amor te aguarda (16).**

Y así era: la sombra del amor le aguardaba en Soria, adonde vuelve al comenzar el curso siguiente. En estos años, antes y después de su encuentro con Leonor y de su boda con ella, van surgiendo los poemas que luego recogería en "Campos de Castilla". Citaré, entre otros, "A orillas del Duero", "Por tierras de España", "El Dios ibero", "Las encinas", "El tren", "Noche de verano" y, sobre todos, "Campos de Soria":

**Es la tierra de Soria árida y fría.  
Por las colinas y las sierras calvas,  
verdes pradillos, cerros cenicientos,  
la primavera pasa... (17).**

---

(14) «Poesías completas» (decimoquinta edición, ya citada). Pág. 139: poema ya citado.

(15) Idem, pág. 135, CXXV.

(16) Idem, pág. 69, LXXX.

(17) Idem, págs. 77, 79, 81, 84, 92, 93 y 94, poemas XCVIII, XCIX, CI, CIII, CX, CXI y CXIII.

También realiza una larga excursión a las fuentes del Duero, allá en los Picos de Urbión, pasando por la Laguna negra. Y de esta excursión, y de la leyenda que un campesino le cuenta, sale el castellanísimo romance —“Me pareció el romance la suprema expresión de la poesía y quise escribir un nuevo Romancero” (18)—. “La tierra de Alvargonzález”, que aún tendría tiempo de añadir a la primera edición de “Campos de Castilla”, aunque el original del libro ya estaba en manos del editor:

**¡Oh tierras de Alvargonzález,  
en el corazón de España,  
tierras pobres, tierras tristes,  
tan tristes que tienen alma! (19).**

“Campos de Castilla” apareció días antes de que Machado quedara viudo. La muerte de su mujer determinó que el poeta abandonara Soria. La tristeza le invade de tal modo que le resulta imposible continuar allí. Soria, la castellana Soria, Castilla toda, era Leonor. Antonio Machado amaba aquella tierra como a su propia mujer. Nunca podrá olvidarlas y en las nieblas del recuerdo se le aparecerán con nuevos versos inmortales —los que escribió en Baeza con anterioridad a los de tema andaluz ya citados— que se incluyen en las sucesivas ediciones de “Campos de Castilla”, ya dentro de la primera edición de sus “Poesías completas”. Así “Caminos” y los que le siguen (20) hasta el que escribió en Lora del Río —“En estos campos de la tierra mía...”—, citado antes.

En el campo andaluz y en Baeza, a cuyo Instituto le destinan tras la huida soriana, van naciendo, pues, estos nuevos poemas castellanos añadidos a “Campos de Castilla”. No menos castellanos son otros que también siguen en la ordenación de “Poesías completas”, en la serie de “Elogios”, inmediatamente anteriores a “Nuevas canciones”. Cito, como ejemplos más destacados, “A don Francisco Giner de los Ríos”, “Al joven meditador José Ortega y Gasset”, “Desde mi rincón. Al libro “Castilla”, del maestro Azorín...”

**Con este libro de melancolía  
toda Castilla a mi rincón me llega...**

y “A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla”, donde en el primer verso califica una vez más de castellanías —manchegas— las tierras andaluzas —está fechado en Venta de Cárdenas, junto a Despeñaperros— por donde se mueve ahora

**Tus versos me han llegado a este rincón manchego...**

e incluyéndose a continuación de este poema el titulado “Mis poetas”, dedicado al castellano primitivo Gonzalo de Berceo, al que proclama, entre esos poetas suyos, el primero (21).

“Nuevas canciones” y los “Cancioneros apócrifos” incorporados a las posteriores ediciones de “Poesías completas”, contienen sucesivos

(18) Idem, pág. 19: Prólogo a «Campos de Castilla».

(19) Idem, pág. 125, CXIV: La tierra de Alvargonzález (La casa, II).

(20) Idem, págs. 132 a 134, poemas CXVIII al CXXIV.

(21) Idem, págs. 167, 168, 170, 177 y 178, poemas CXXXIX, CXL, CXLIII, CXLIX y CL.



poemas en los que Castilla, tácitamente citados sus rincones y paisajes o impregnados de su espíritu, no deja de estar presente, incluidos los versos a Guiomar, mujer real y no amada imaginaria, como después se ha sabido, que fue para el poeta su segundo amor grande y secreto y a la que conoció en Segovia, donde consigue ser trasladado en 1919. Cito sólo algunos títulos: “Canciones de tierras altas”, “Canciones” y “Canciones del Alto Duero” (22), entre los de “Nuevas canciones” y las “Canciones a Guiomar”

**Conmigo vienes, Guiomar;  
nos sorbe la serranía.  
De encinar en encinar  
se va fatigando el día (23),**

entre los del “Cancionero apócrifo de Juan de Mairena”.

Otra vez en Castilla, sí —ahora en Segovia—, y nuevos poemas castellanos. Castilla ya no le abandonará —nuevo traslado a Madrid, en 1932— hasta que comience su éxodo —Valencia, Barcelona, Francia—, camino de la muerte.

**Jacinto LOPEZ GORGE**

(22) Idem, págs. 190 a 193, poemas CLVIII, CLIX y CLX.

(23) Idem, pág. 277, CLXXIII.